

NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

• 378

25 Cts.

EB.



POR

RORES  
NESTOS

Virginia Brown Faire  
Bryant Washburn

Filmoteca  
de Catalunya

ROSEN, Phil

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis

Administración { Teléfono 18551

Año VII

BARCELONA

N.º 378

## ERRORES FUNESTOS

(UNDRESSED, 1928)

Interesatísimo cinedrama, interpretado por  
los conocidos artistas

Virginia Brown Faire, Bryant Washburn, David  
Torrence, Hedda Hopper, Buddy Messenger,  
Virginia Vance, etc.



Exclusivas

**Importaciones Cinematográficas, S. A.**

Aragón, 252. - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de

RICHARD ARLEN



---

---

## ERRORES FUNESTOS

### Argumento de la Película

Los Stanley vivían, durante la estación del calor, en Long Island, en un chalet de su propiedad.

Don Martín y doña Magda, que así se llamaban, respectivamente, los cónyuges, tenían una hija, un encanto, un primor, Diana; y con ellos vivía Alicia, sobrina del matrimonio.

Diana y Alicia tenían aproximadamente la misma edad y se amaban, no como primas, sino cual si fuesen hermanas.

Alicia era huérfana. Los Stanley le dieron amparo al quedar sin padres, y a su lado la rubia muchacha, pues rubia era como el oro, se sentía feliz.

Cierta noche, cuando todo y todos dormían en la casa de los Stanley, doña Magda se levantó del lecho después de haberse agitado

---

---

Revisado  
por la censura gubernativa

---

---

nerviosamente en él durante largo rato, irridada con los autores de un concierto nocturno que la impedía conciliar el sueño.

El aludido concierto se daba, desde varios tejados, a la luna, que sonreía de gratitud.

Los autores de la serenata a lo Pierrot eran... ¿no lo adivinan ustedes?... eran, sencillamente, muy sencillamente, de seis a ocho gatos... o gatas, vayan a saber...

Los felinos estaban convencidos de que le hacían la competencia a Fleta, aventajándole incluso en algún que otro agudo; pero doña Magda no opinaba como ellos, y pronto lo iban a saber "palpablemente".

En efecto, la señora Stanley, una vez descubiertos los apasionados mininos, se armó de un libro y, de canto, lo tiró en dirección a ellos, haciéndoles huir a la desbandada... por no decir con la música a otra parte.

Logrado su propósito de alejar los instrumentos para apagar el ruido, doña Magda iba a reintegrarse a la cama, cuando vió, con extraordinaria sorpresa, dibujadas, en el cristal biselado de la puerta de acceso al chalet de enfrente, las siluetas de un hombre y una mujer.

¿Quiénes eran?

Conocía al vecino, el pintor Pablo Howard, y le reconoció en la sombra chinesca. Pero ¿y

la mujer? De pronto, fijóse en la forma del peinado de la sombra femenina y le pareció que tenía un parecido notable con el de su hija.

¡Dios! ¿Sería Diana? ¡Oh, no! Sin embargo...

No pudo apartarse de su observatorio y he aquí que al poco vió abrirse la puerta del chalet fronterizo y aparecer en el umbral de la misma a Diana, sí, su hija Diana, y al pintor, que la despedía con suma amabilidad.

¡Qué locura la de Diana, visitar a aquella hora de la noche, a un hombre que vivía solo!

La digna madre miró instintivamente hacia el lecho donde, al lado del suyo, reposaba el severo don Martín. Por fortuna dormía, circunstancia feliz que permitiría a doña Magda salir de la cámara cónyugal a fin de ir a pedir inmediatamente una explicación a Diana por sus salidas sin el consentimiento de nadie.

Salió al pasillo, andando sobre la punta de sus zapatillas, y de allí pasó, con el mismo sigilo, al *hall*, donde se detuvo en espera del regreso de la locuela.

El pintor Pablo insistió, a pesar de la hora, en que Diana se quedase un poco más en su estudio; pero la adorable jovencita negóse a

complacerle, temerosa de que algún día sus padres descubrieran sus escapatorias.

Y Pablo la vió marchar, con profunda melancolía. ¡Cuánto la amaba! No recordaba haber codiciado tanto a una mujer como ansiaba conquistar a Diana.

Esta desapareció hacia el interior de su hogar, y al hallarse junto a la escalera que daba acceso a los cuartos particulares, se encontró frente a frente de su madre.

—¿Tú, mamá?

—Sí, yo. ¿Por qué tiemblas?

—Por nada, mamá...

—¿Qué significa esto, Diana? ¿Quién te autorizó a salir de noche?

—Es que... me dolía la cabeza...

—No disimules conmigo. Leo en el fondo de tus ojos... ¿Qué estabas haciendo en el estudio de Howard a estas horas... y sola?

—No creas nada malo, mamá; te lo aseguro... La verdad es que soy modelo de nuestro vecino...

—¿Modelo? ¿Qué estás diciendo, criatura?... ¿Has perdido la cabeza?...

—No, mamá...

—Pero ¿por qué eres modelo de Pablo?

—Le debía dinero de una partida de bridge en la última fiesta de las Doyle... y él me ofre-

ció la manera de pagárselo proponiéndome le sirviera de modelo para un cuadro.

—Vamos a tu cuarto y allí hablaremos con calma sobre esto. ¡Librenos Dios de que alguien se entere de tu ligereza!

Ya en el cuarto de Diana, la buena madre



*...modelo de nuestro vecino...*

continuó, mientras aquélla se desnudaba con manifiesto mal humor:

—Has cometido una locura, Diana, y doy gracias a Dios por haberme puesto al corrien-

te del peligro que corrías. ¿No te detuviste siquiera a pensar qué diría tu padre?

Diana, sin poderse contener, exclamó con cierto furor:

—¿Mi padre? ¿Pero si él es quien tiene la culpa! Bien lo sabes tú, mamá...

—No te comprendo, hija mía...

—Papá no me ha asignado nunca la menor cantidad para mis gastos particulares... ni a ti tampoco te dió un céntimo jamás.

Doña Magda curvó la cabeza. Era cierto lo que decía su hija; sin embargo, conciliadora, repuso:

—No hables así de papá... no nos da dinero porque quiere ser él quien lo pague todo. Pero... yo le hablaré por ti...

—Gracias, mamá... ¡Tú sí que eres comprensiva!

Mientras, ligadas por acendrado cariño, así hablaban madre e hija, Alicia, la rubia prima de Diana, presentábase ante Pablo en el estudio, sólo cubierto su vaporoso camisón con una bata de seda.

El pintor no adivinó el motivo de la inesperada visita de Alicia.

—¿Qué ocurre? — preguntóle, después de correr las cortinillas que preservaban el cuadro de Diana, fuera de las horas de *pose*, del polvo,

Alicia le miró con ceño duro y repuso:

—¿Qué hacía aquí mi prima?

—¿Cómo?

—Sí; no trates de negar que acaba de salir de aquí, porque yo la vi desde la ventana de mi cuarto.



—No hables así de papá...

—Es verdad... estuvo aquí... pero no para lo que tú sospechas.

—¿Te parece bien que Diana esté contigo a estas horas?

—No seas celosa ni tan suspicaz, mujer... Diana vino a verme para cumplir un compromiso que tiene conmigo.

—¡Un compromiso! ¿Qué compromiso es ese?

—Me debe una cantidad que perdió al bridge, y como su padre no le da dinero, aceptó servirme de modelo.

—¿De modelo?...

—Sí... Y de este modo se hace la ilusión de que me paga, ¿comprendes?

—¿Dónde está su cuadro?

—Mirale...

—¡Oh, Pablo, qué bien está mi prima!

—¿Te has convencido de que no tienes razón de estar celosa?

—Perdóname, Pablo... Reconozco que os juzgué mal...

—Vuelve a tu casa y procura que no te vean. Y debes ser más sensata. ¡Figúrate qué iban a pensar de ti tus tíos si te vieran sola y tan ligera de ropa en mi estudio!

Alicia se abrochó indolentemente la fina bata y dijo al pintor:

—Pablo, me parece que ha llegado ya el momento de revelarles que nos queremos y que vamos a casarnos pronto.

—Sí... pronto nos casaremos... Pero, vuelve en seguida a tu cuarto... Estoy intranquilo...

—No temas... No ha de verme nadie... ¡Adiós! Hasta mañana... Te espero a la hora del desayuno...

Pablo deseaba ver a Alicia fuera de su estudio, pero cuando ella iba a desaparecer, la detuvo y le advirtió:

—No les digas nada aún a tus tíos... Déjame triunfar en la próxima exposición y entonces anunciaremos oficialmente nuestros esponsales.

—Bien, Pablo... No les hablaré todavía... pero deseo hacerlo...

—Ten un poco más de paciencia, amor mío...

—Sí, Pablo...

Alicia volvió a su casa, sin haber llamado la atención de nadie, pues a aquella hora el lugar estaba desierto, y al acostarse de nuevo se entregó al dulce pensamiento de convertirse en breve en la esposa del pintor.

Empero Pablo no pensaba en Alicia... sino en Diana, cuyo retrato le obsesionaba...

Al día siguiente, a la hora del desayuno, se hallaban a la mesa instalada en la terraza de la casa, don Martín y su esposa.

Mientras ellos se desayunaban, pues don Martín debía acudir a algunos asuntos que reclamaban, aquel día, su presencia personal en la ciudad, la vieja criada de la casa presentose ante doña Magda con una bandeja en que estaba dispuesto un desayuno completo, y antes de que la fámula le preguntase qué debía hacer con él le dijo:

—El desayuno de Diana se lo llevaré yo misma a su habitación.

Al oír eso, don Martín, que estaba leyendo el periódico de aquella mañana, levantó la vista hacia su esposa e inquirió gravemente:

—¿Qué capricho es ese? ¿Por qué Diana no se desayuna en nuestra compañía?

Mintiendo en bien de todos, la noble mujer contestó:

—Está un poco indispueta y prefiero que no se levante tan pronto.

—Indispueta... indispueta... — murmuró don Martín—. Pereza, querrás decir...

—No, Martín... Y, a propósito... quisiera decirte algo...

—¿Qué quieres?

—Pues... verás, Martín... ¿Por qué no le das algún dinero a Diana... para sus cosas?

—No, y no, Magda. Ya sabes cuál es mi opinión sobre este punto. Tratamos este asunto hace años. ¿Por qué discutirlo de nuevo?

—Martín, las jóvenes de su edad reciben cantidades para ellas... y es humillante para la hija de un millonario ser inferior a sus hijas menos ricas...

—¿Qué tontería pensar así! Diana no necesita dinero en su monedero. ¿No tiene cuenta abierta en los establecimientos? ¿Qué más quiere?

—Yo entiendo que debias ampliar sus créditos más allá de los almacenes de modas... Hay cosas que no se adquieren en las tiendas...

—No insistas, Magda, hazme ese favor. Yo quiero las cuentas claras, muy claras.

Doña Magda no creyó prudente porfiar y fué a llevarle a Diana el desayuno.



La gentil niña mimada estaba durmiendo. Doña Magda abrió las ventanas del cuarto y la luz del nuevo día vino a herir a la hermosa Diana, que despertó suavemente.

—¡Buenos días, hija mía!...

—¡Buenos días mamá!

—Desayúnate...

—¡Qué oportuna eres, mamaita! ¡Con el apetito que hoy tengo!

—Pues come... y date prisa... ¿Has olvidado que Roberto llega esta mañana para pasar unos días con nosotros?

—¡Oh! Es verdad... Me voy a vestir...

—Desayúnate primero... Tiempo hay para todo.

Diana empezó a dar cuenta del almuerzo, pero, de súbito, observando en silencio a su madre, adivinó en ella un secreto pesar, y le dijo:

—Tú estás preocupada, mamá...

Doña Magda se sobresaltó ligeramente, al ser sorprendida en su ensimismamiento, y repuso:

—No es nada, hijita... Tu padre no estaba de humor para hablarle de la mensualidad que debería asignarte... y es indispensable que pagues hoy mismo al señor Howard lo que le debes.

—Yo también opino lo mismo... pero ¿cómo

voy a pagarle la deuda, si no dispongo de fondos?

—Creo poder obtener el dinero sin pedirselo a tu padre, y hoy mismo le dirás al pintor que se acabaron las sesiones.

—¡Qué bien, mamá! ¡Me alivias de un peso enorme!

—Pues no te preocupes, hijita, que yo arreglaré eso hoy mismo.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo una idea... y no dudo que me saldrá bien.

Diana, repentinamente recobrado su buen humor, terminó de desayunarse en un santiamén y luego, saltando como una chiquilla, aunque no era otra cosa, se vistió para que Roberto, al llegar, no tuviera que esperar a que bajase de su habitación.

No obstante su prisa en componerse, Roberto llegó antes de que ella hubiese salido de su cuarto.

Los primeros en verle fueron Alicia y Pablo, que se había desayunado en compañía de ella, como tenía por costumbre hacerlo algunas mañanas.

Roberto era un simpático muchacho que acababa de terminar brillantemente la carrera de abogado.

Conocía a Alicia, pero no a Pablo; y aquella se lo presentó.

Los dos hombres se saludaron, estrechándose la mano, cordialmente por parte de Roberto, y friamente por la de Pablo, al enterarse de que el recién llegado era amigo de la infancia de Diana; y luego Roberto preguntó a Alicia, impaciente:

—¿Dónde está su primita Diana?

—Estará vistiéndose, Roberto...

—¿Aun?

—Tía Magda dijo que Diana estaba ligeramente indispueta...

—¡Cuánto lo siento!

—No tardará en bajar... Al saber que usted llegaba se habrá repuesto en seguida...

—¿Usted cree?...

De pronto, Diana apareció.

—¡Roberto!

—¿Qué tal, Diana?

Casi se abrazaron.

—¡Te esperaba con impaciencia, Roberto!

—¡Más impaciente estaba yo, sobre todo desde que Alicia me dijo que no te encontrabas bien!

—Pues ya lo ves: no puedo estar mejor.

—¡Tengo muchas cosas que decirte!

—¿Muchas... muchas?

—Sí, muchísimas... y todas agradables.

—Pues dímelas.

—¿Aquí?

—¡Ah! ¿No necesitas testigos? Vamos, pues, al jardín.

Se alejaron, y mientras Alicia sonreía al verles tan dichosos, Pablo se sentía acometido de celos...

Alicia, viendo pensativo a su amado, le dijo, sonriente:

—Son muy felices. Se aman como dos chiquillos y creo que se casarán.

—Si se aman... es lógico que quieran casarse — repuso Pablo sin poder reprimir una mueca de disgusto.

Y ya odiaba con toda su alma a Roberto...

Diana y su amigo de la infancia se paseaban por el amplio jardín del chalet, evocando entre risotadas los años pretéritos, pletóricos de gratos recuerdos para ellos.

Repentinamente, Roberto adquirió actitud de hombre y deteniéndose y mirando fijamente a Diana, le habló de esta suerte:

—Ya no somos unos niños, Diana...

—¿Por qué lo dices, Roberto?

—¿No lo adivinas?

—No sé...

—He terminado mis estudios...

—¡Te felicito, Roberto!

—¿Y nada más?...

—Qué otra cosa puedo decirte?

—Yo creía que comprenderías...

—Habla claro de una vez...

—Me parece que es inútil.

—¿Por qué?

\*\*\*

—Quería confiarte mi más caro anhelo, pero creo que no lo vas a tomar en serio.

—¿Por qué me hablas así, Roberto? ¿Qué es lo que yo no voy a tomar en serio?

—El que te diga que quiero casarme contigo.

—¿De veras me amas tanto, Roberto?

—Pero... ¿aceptas, Diana querida?

—¡Oh, sí!

—¡Mi nena!

Se abrazaron... y contrastando con su dicha, Pablo, que los había estado observando desde el jardín de su casa, sufría cruelmente.

Los novios continuaron su paseo. Roberto había formalizado su petición de mano a Diana regalándole un precioso anillo de compromiso; pero, de súbito, Diana se detuvo y le dijo, muy gravemente:

—Antes de concretar las cosas con mis padres es necesario que me digas si me entregarás, una vez casados, una cantidad para mis gastos personales.

Roberto se echó a reír y replicó:

—Nada ha de faltarte a mi lado... Yo pagaré todas tus facturas y no necesitarás para nada ninguna cantidad.

Diana le apartó un tanto, quitóse el anillo de compromiso y, devolviéndoselo, añadió:

—Lo siento, pero no habrá boda. No quiero que mi marido haga conmigo lo que papá ha hecho con mamá durante veinte años, anotando hasta el último céntimo que ella gasta.



*...regalándole un precioso anillo de compromiso...*

—¡No te precipites tanto, mujer! Tendrás lo que deseas.

—¿De veras?

—¡Claro, mujer!

Diana volvió a colocarse el anillo... y siguió paseando del brazo de su encantador futuro esposo.

Aquella noche los Stanley celebraron en la intimidad el noviazgo de Diana y Roberto.

Don Martín y doña Magda accedieron de mil amores a los proyectos del novel abogado y se fijó incluso el día de la boda.

Pablo asistía a la velada, no separándose del lado de Alicia, a pesar de que su pensamiento estaba junto a Diana.

Don Martín saboreaba con deleite un habano y entre chupada y chupada dijo a Roberto, que estaba moral y materialmente pegado a Diana:

—Extravagancia y mujer son sinónimos, muchacho. Domina bien las riendas desde el principio y no permitas que se lleven más cuentas que las tuyas.

Roberto, por complacer a su futuro suegro, contestó:

—Soy de su opinión, señor Stanley.

Diana miró sorprendida a su novio.

Y don Martín, inflexible en sus teorías, prosiguió:

—No cedas jamás a sus súplicas de asignarle una pensión, porque pasaría todo el tiempo procurando inventar la manera de hacerla aumentar.

—Estamos de acuerdo, señor Stanley... — se aventuró a decir Roberto.

Esto colmó la paciencia de Diana. ¿De modo que su novio pensaba ser tan tiránico esposo como lo había sido su padre? ¡Se quedaría sin mujer!

Pero Roberto apresuróse a guiñarle el ojo, indicándole que lo que había dicho era falso, y renació la calma en el turbulento espíritu de la amada.

Doña Magda se había retirado unos momentos a su habitación. Había mandado a la criada a la ciudad y aguardaba su regreso.

La fámula no tardó en llegar y le entregó unos billetes, producto de la venta de unos vestidos de *soirée*.

Cuando tuvo el dinero en su poder, doña Magda dió este encargo a la criada:

—Diga a Diana que venga a verme inmediatamente.

Esta se separó de Roberto y fué a reunirse con su madre.

En tanto, Roberto se separaba de Pablo y

de Alicia, para irse a fumar un cigarrillo en el jardín.

Pablo le detuvo unos instantes y le dijo, con falsa sonrisa:

—Tendré sumo gusto en recibir su visita en mi estudio. Tengo algún cuadro que no dudo le interesará ver...

—Iré mañana — respondió, agradecido, Roberto.

Y cuando éste hubo salido al jardín, Pablo dijo a Alicia:

—Recibirá una sorpresa cuando vea el retrato de Diana.

—Muy grata, por cierto; porque mi prima está bellísima en la tela que has pintado — opinó Alicia, ajena a la intención del pintor.

Doña Magda entregó a Diana el dinero necesario para pagar la deuda contraída por ésta con Pablo; y, muy razonablemente, Diana dijo a su madre:

—¿De verdad no vas a necesitar este dinero?

—Mío, bien mío es, y desde este momento queda tuyo. Págame a Pablo tu deuda y no vuelvas jamás a su taller.

—No volveré, mamá; te lo prometo.

Diana fué a reunirse seguidamente con Pablo en el salón, pero vió que ya no estaba en

la casa. Salió al jardín y, sin que le viera Roberto, que estaba al otro lado, se acercó al estudio del pintor, pues acababa de iluminarse la casa de enfrente, detalle que le confirmó su suposición de que Pablo encontrábase ya en ella.

Alicia la vió, pues se hallaba en aquella parte del jardín, sentada en un banco, meditando sobre la extraña conducta observada por Pablo durante la velada, y renacieron en ella los celos más atroces.

Pablo no esperaba a Diana. Su presencia le dió esperanzas.

—¿Qué ocurre, linda Diana, para venir a verme esta noche, no habiéndose retirado aún a descansar su... amigo Roberto?

—No crea usted que venga a continuar las *poses*... sino a pagarle lo que le debo. He aquí el dinero...

—¿Por qué hace usted eso, Diana? Con un par de sesiones más estaría sobradamente pagado.

—No puedo volver aquí... por poderosas razones, Pablo... Le agradezco mucho lo amable que ha sido usted conmigo... y no dudo comprenderá la brusca interrupción de las *poses*.

—Es Roberto quien no quiere, ¿verdad?

—Soy yo, Pablo...

—Debía usted no haber empezado... ¿Le ha dicho usted ya que me ha servido de modelo durante varias... noches?

—Eso es de mi incumbencia, Pablo... y le ruego no me hable en ese tono impropio de un caballero.

—Pero ¿no ha comprendido usted, Diana, que la amo con locura, que las *poses* no han sido más que un pretexto para tenerla a mi lado?

—¡Pablo, repórtese!

—¡La amo, Diana, la amo, y no puedo consentir que otro hombre me arrebatase su amor!

—¡Déjeme salir... o grito!

Pablo la abrazó, anheloso de besarla, pero Diana supo defenderse, y dándole un mordisco en una mano, aprovechó el momento de dolor del miserable para huir del estudio, regresando alocada a su casa, espiada por Alicia.

Roberto se hallaba en aquellos momentos en el *hall* del chalet de los Stanley. Al ver a Diana despeinada y agitada por intenso temblor, la detuvo y quiso saber la causa de tal anomalía.

—¿Qué te pasa?

Apartándole, Diana le dijo:

—Estoy muy nerviosa... He tenido un susto

mortal en el jardín.... El perro se me echó encima...

—Sosiégate, Diana... Estás conmigo...

—Déjame ir a mi cuarto, Roberto... Mañana hablaremos.



*...y dándole un mordisco en una mano...*

Y Roberto quedó preguntándose qué le había ocurrido a su amada, para no querer darle ninguna explicación.

\*\*\*

Alicia fué a ver a Pablo. La loca carrera emprendida por Diana desde el estudio hasta su casa la llenó de sospechas... favorables a su prima. ¿Qué había pretendido hacer con ella el pintor?

Pablo se limpiaba la sangre que manaba de su mano por el mordisco que le diera Diana. Al ver aparecer a Alicia, disimuló, corriendo las cortinillas del cuadro de Diana, que estaban completamente abiertas.

Fingiéndose no saber nada, Alicia le dijo:

—Estás preocupado... como si acabases de disgustarte con alguien. ¿Quién ha venido a verte?

—Nadie... ¿Por qué?

—¿Por qué, cuando yo entré, tapaste tan precipitadamente el cuadro de Diana?

—Por nada... No te pongas pesada...

—¡Quiero verlo!

—¿No lo viste ya?

—¡Déjame verlo otra vez!

—¡No!

—¿Qué mal hay en ello?

Y, llena de energía, Alicia apartó las corti-

nillas de la tela, apareciendo ante sus atónitos ojos el busto de Diana, de lado, desnudo hasta la cintura.

Pablo dijo, friamente:

—Tú insististe en verlo...

Alicia tocó la telá, sin que Pablo lo pudiese evitar, y exclamó, comprendiendo la infamia del pintor:

—¡Esta pintura es fresca y Diana no vino aquí hoy, me consta, a posar para ti... ni lo hubiese hecho nunca para un desnudo!

—¿Cómo te atreves a suponer?...

—¡Dame ese cuadro?

—¿Te has vuelto loca?

—¡Dámelo, te digo!

—¡Calla!

—¡No! ¡Eres un canalla, ahora lo veo claramente! ¡Tú quieres a Diana y su negativa a corresponderte te ha conducido a vengarte transformando su retrato al natural en un desnudo infamante!

—¡Calla, loca!

—¡No callaré! ¡Dame ese cuadro!

Lucharón. Pablo era el más fuerte, pero Alicia, apoderándose de un pesado pisapapeles lo descargó con todas sus fuerzas en la cabeza del pintor, derribándole en tierra, con la frente ensangrentada.

Alocada por su acción, huyó, encerrándose

en su cuarto, después de haber dejado en un saloncito el desnudo de Diana, que no se olvidó de hacer desaparecer del estudio del pintor.

En tanto, el señor Stanley había sostenido una violenta discusión con su esposa al enterarse de la venta de varios vestidos.

—¡Tú me obligaste a ello, Martin! — echóle en cara doña Magda, sacudiéndose en el paroxismo de la desesperación, el yugo del déspota.

—¿Yo?

—¡Tu tiranía me ha hecho perder la dignidad! ¡Pero no me avergüenzo de mi acción... porque con ella he salvado la honra de nuestra hija!

—¿Qué dices? ¿La honra de nuestra hija?

—¡Sí! Con el dinero realizado he podido pagar una deuda que Diana contrajo con Pablo Howard y de la que iba a reembolsarle, no contando con la ayuda de su padre millonario, haciéndole de modelo.

—¡Mi hija, modelo de un pintor! ¡Iré a exigirle una explicación a ese hombre!

Pero, en primer lugar, don Martín fué a hablar con su hija, en el cuarto de ésta, para conocer toda la verdad, detalle por detalle; y mientras tanto doña Magda, para evitar un altercado entre su marido y Pablo, apresuróse



a ir al estudio de éste.

Y el silencio de la noche fué rasgado, súbitamente, por unos gritos de horror. Magda no había podido reprimirlos al encontrar exánime a Pablo.

Y, después de los gritos, un cuerpo cayó en tierra. Magda se había desmayado.



Roberto encontró en el salón donde Alicia lo dejara, el cuadro de Diana con el torso desnudo; y, bajo el equívoco que el mismo provocó en su mente, decidió marcharse en el acto.

Pero los gritos de doña Magda le llevaron al chalet del pintor, así como a don Martín, Diana y la criada.

Avisada por la fámula, la policía acudió presto, y, después de la justicia, Alicia, la autora del golpe que tumbara a Pablo.

¿Quién era el o la culpable de la muerte del pintor?

Por fortuna, Pablo no estaba más que desmayado, y al volver en sí, comprendió su canallada y declaró a la policía que un ladrón le había atacado.

Luego, obligado por Alicia, confesó, delan-

te de Roberto, que Diana no posó para el desnudo comprometedor.

Y, puestas las cosas en claro, Alicia renunció a Pablo para siempre, Diana y Roberto se amaron más que nunca; y el señor Stanley prometió a su abnegada esposa que tendría en



*¿Quién era él o la culpable de la muerte del pintor?*

todo momento el dinero que quisiera, en la seguridad de que lo administraría con miras a la inquebrantable dicha de todos.

FIN

GRANDIOSO EXITO  
en las  
SELECTAS EDICIONES ESPECIALES  
de  
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

---

de la preciosa novela

# La Mujer Divina

por GRETA GARBO y LARS HANSON



ESTA SEMANA

# ALAS